

del filósofo y la Revelación, la idea de Dios y la crisis de la razón metafísica.

El libro pretende ser una introducción al tema de la religión y la bibliografía básica que, sobre los diversos temas tratados, se recoge al final del libro es buena prueba de ello. Sin embargo, en algunos aspectos pierde su carácter introductorio. Por una parte, se echan en falta temas importantes y básicos, como por ejemplo cuál es el método y objeto de esta parte de la filosofía, qué es religión o qué es la fe. Por otra parte, algunos artículos parecen más bien destinados a un público especializado (así los estudios sobre autores concretos —Renan, Nietzsche, Gogarten y Pascal entre otros— o sobre temas muy delimitados como el dedicado a los dioses de los Bwa).

Las diversas contribuciones, tanto por su método como por los temas estudiados, responden a los intereses concretos de la filosofía de la religión continental, ignorando así tendencias importantes como la filosofía analítica. Sin embargo, en cuanto que expone las preocupaciones y problemas de la filosofía de la religión de ámbito francés, ayudará a quienes deseen conocer este entorno filosófico y profundizar en los temas que se presentan.

F. Conesa

John POLKINGHORNE, *Reason and Reality. The Relationship between Science and Theology*, SPCK, London 1991, VIII + 119 pp., 13,4 x 21,5.

Tras el éxito de su trilogía dedicada al tratamiento de la relación entre ciencia y teología, J. Polkinghorne, presidente del Queens' College de Cambridge y antiguo profesor de física matemática de dicha Universidad, vuelve sobre el tema en este libro fruto en

su mayor parte de las conferencias pronunciadas en la Universidad de Newcastle en 1990.

En todo el libro es patente la preocupación religiosa del A., lo cual no impide que en numerosas ocasiones sus propuestas sean sumamente discutibles. Una visión general del contenido del libro bastará para justificar esta última afirmación.

El primer capítulo está dedicado a la relación entre ciencia y teología. Esta relación la encuentra sorprendentemente el autor en que ni la ciencia ni la teología se basan en un conocimiento incontrovertible. Ahora bien, ambas pueden alcanzar un realismo crítico —que es el ideal del A.— en cuanto consideren sus afirmaciones como abiertas y adapten sus métodos a la naturaleza de la realidad que encuentran. Esta exigencia de apertura a continua revisión, en la que podemos reconocer la influencia del concepto popperiano de ciencia, resulta problemática cuando tenemos en cuenta las exigencias de la teología. Por ello, en el capítulo cuarto rechazará la visión proposicional de la revelación, reduciéndola a la memoria de encuentros particularmente transparentes con la divinidad y vaciándola de toda garantía y valor racional. Del mismo modo, al considerar la Escritura como regla de la teología se ve forzado por sus premisas a sostener la «indeterminación semántica de los textos sagrados» en la línea de J. Barton.

Son continuos en el libro los paralelismos que establece entre ciencia y teología, paralelismos no siempre acertados. Así, en el capítulo segundo, asigna un lenguaje matemático a la física y, en paralelo, un lenguaje simbólico a la teología, lo cual parece implicar una reducción del valor científico de la teología. En el capítulo tercero se expone la llamada teoría del caos, en la que el autor encuentra una visión dinámica y no reduccionista de la naturaleza, y se apresu-

ra a explicar la acción de Dios en el mundo desde esta perspectiva. En el último capítulo, dedicado al pecado original, el autor practica una exégesis nada rigurosa del texto sagrado y se esfuerza en detectar signos físicos del pecado.

Lo que más se echa en falta en el autor es un mayor sentido crítico en la concepción de ciencia que usa en su obra y una profundidad mayor en temas teológicos; ambos defectos son fruto quizás del carácter divulgativo del libro. El acierto de los anteriores libros de Polkinghorne estuvo tanto en su capacidad de adaptarse al lector medio e interesarle en los temas que trata, como en su propuesta de una armonía entre ciencia y teología. Estas características permanecen en el libro que presentamos.

F. Conesa

Ian HAMMET (ed.), *Religious Pluralism and Unbelief. Critical and Comparative Studies*, Routledge, London-New York 1990, 279 pp., 14 x 22,2.

El libro que reseñamos recoge los trabajos presentados en un simposio sobre el pluralismo religioso que tuvo lugar en Bristol bajo los auspicios de la «Colston Research Society». El tema del pluralismo religioso, que empezó a suscitar interés en los años ochenta de la mano de John Hick, es hoy uno de los tópicos fundamentales que se ha extendido desde la filosofía de la religión a la sociología o la antropología. El presente volumen pretende ser una contribución desde todos estos ámbitos.

Gran parte de los ensayos tienen un carácter polémico y realizan una fuerte crítica de los escritos recientes de J. Hick sobre el pluralismo religioso. Según este autor todas las grandes religiones tienen por referente lo Real en sí,

algo inaccesible y más allá de todo pensamiento y lenguaje (noúmeno), de lo cual cada religión capta algunos aspectos (fenómenos), que expresa en forma mitológica y simbólica. En este sentido, todas las grandes religiones serían verdaderas en cuanto todas contactan con lo Real y son medios de salvación (o liberación), pero a la vez también serían todas falsas al pretender absolutizar su representación —meramente fenoménica— de lo Real y al tomar como verdades mitos inveterados.

En su artículo, A. Hastings, sacerdote católico y profesor de teología en la Universidad de Leeds, explica la génesis del pensamiento de Hick situándolo en el contexto relativista en que surge. Más al fondo de la cuestión se dirigen las aportaciones de K. Surin, que propone una crítica «materialista» de este modo de pensar, y de G. D'Costa, profundo conocedor de la filosofía de la religión de Hick, que reivindica en su artículo la validez del principio «Extra ecclesiam nulla salus» y de la doctrina de la fe implícita tan denostada por Hick. Desde el campo de la sociología también K. Flanagan dirige una fuerte crítica a los principios de dicho autor.

Junto a éstos cabe destacar también los dos artículos introductorios, el primero obra del editor del libro y profesor de sociología en Bristol y el segundo escrito por K. Ward, el cual reflexiona en torno a las cuestiones que el tema del pluralismo suscita en los estudios religiosos. El resto de contribuciones exponen el tema del pluralismo desde perspectivas etnográficas, históricas o sociológicas y no suscitan un interés particular para el teólogo debido sobre todo a su carácter excesivamente especializado (así, por ejemplo, encontramos estudios sobre el pluralismo religioso en la legislación inglesa o en la iglesia holandesa). El libro se completa con una bibliografía selecta en torno al tema.